



EL ESPÍRITU DE ORACIÓN

*Effundam super domum
David spiritum gratiae et
praezum.*

«Derramaré sobre la
casa de David el espíritu
de gracia y de oración.»

(Zac., XII, 10.)

CUANDO Dios prometió al pueblo judío el Mesías, caracterizó la misión del Salvador diciendo: «Derramará sobre la casa de David y sobre todos los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración.» Antes de la venida del Mesías los hombres hacían oración y Dios daba su gracia, sin la cual no hubieran podido santificarse los justos; pero esta gracia de la oración no era buscada con afán ni era apreciada. Jesús vino como rocío de gracia que cubrió toda la tierra y difundió por todas partes la oración.

La oración es el carácter de la Religión católica, es el signo de la santidad; es la santidad misma; es la que hace Santos, y el primer signo de la santidad. «Este es un Santo», decimos al ver alguna persona que vive vida de oración.

Tan pronto como San Pablo sintió el llamamiento

de Dios, se puso en oración, y permaneció orando por espacio de tres días en Damasco. Habiendo resistido un instante el sacerdote Ananías la orden de Dios, que le había enviado á Pablo para bautizarle, y temiendo llegarse al perseguidor de los cristianos, le dijo el Señor: «Ve, y le hallarás orando.» *Ecce enim orat.* Ya es un santo, porque hace oración. No dijo el Señor que Pablo ayunaba y se mortificaba, sino sólo que hacía oración. Todas las almas que oran alcanzarán, pues, la santidad.

Es la oración luz y poder; es la acción misma de Dios: el que hace oración dispone del poder mismo de Dios.

Jamás veréis santificarse á quien no hace oración. No os dejéis seducir de vanas palabras ó de hermosas apariencias. El demonio, en su forma propia, muy poco es lo que puede; pero es astuto y se transforma en ángel de luz. No os fiéis de la ciencia, que no es ella la que hace Santos. El simple conocimiento de verdad no basta para santificarnos: es además necesario el amor. Pero ¿qué digo? Entre el conocimiento de la verdad y la santidad media un abismo. ¡Cuántos poderosos genios se han condenado!

Todavía digo más: las obras de celo y de caridad no santifican por sí solas; Dios no ha dado este carácter á la santidad. Los fariseos observaban la ley, daban limosnas, pagaban el diezmo al Señor; sin embargo, Nuestro Señor les da el nombre de «sepulcros blanqueados.» El Evangelio nos muestra que la prudencia, la templanza, el sacrificio, pueden aliarse con conciencias viciosas: testigos los fariseos: trabajaban mucho, pero sus obras eran vanas: no oraban.

Las buenas obras externas, aunque sean obras de penitencia y mortificación, no constituyen, pues, la santidad del alma. ¡Cuánto orgullo é hipocresía pueden ocultarse bajo unos miserables andrajos y un rostro extenuado á causa de privaciones!

Pero cuando el alma vive de oración—no es posible engañarse nunca respecto á este carácter—cuando ora, entonces posee todas las virtudes, somos Santos. Porque ¿qué otra cosa es la oración sino la misma santidad puesta en práctica? Orando se ejercitan todas las virtudes. Practicamos la humildad confesando que estamos desnudos de todas las cosas y que nada podemos, reconociendo nuestros pecados, levantando los ojos á Dios y declarando que sólo Dios es bueno y santo.

Orando practicamos la fe, la esperanza y la caridad. Mas aún: ejercitamos todas las virtudes morales y evangélicas.

Cuando oramos, hacemos penitencia y nos mortificamos: dominamos la imaginación, sujetamos la voluntad, encadenamos el corazón y nos humillamos. La oración es, por tanto, la misma santidad, pues comprende el ejercicio de todas las virtudes.

Hay algunos que dicen que orar es dejarse llevar de la pereza. Está bien; pero escojamos á los que más trabajan y emplean el tiempo en obras de celo, y veremos que la oración les cuesta más trabajo que no el sacrificarse practicando buenas obras. La razón es porque es más fácil y consolador á la naturaleza el dar que no el pedir á Dios alguna cosa.

Sí: la oración es de suyo la práctica de todas las virtudes: sin ella no hay ninguna que valga ni subsista. La caridad misma sin la oración que la fecunda y refrigera, se seca como planta sin raíces.

La oración no es otra cosa, en el orden de la Providencia, que la misma gracia. ¿No habéis observado que las tentaciones más violentas se dirigen contra la oración? Es tanto el temor del enemigo á la oración, que con tal de impedir, ó por lo menos de viciar nuestra oración, nos dejaría practicar todas las buenas obras posibles. Por esta razón debemos estar constantemente en guardia, fomentar siempre en nosotros el espíritu de oración y considerarle como el primero de nuestros deberes. No dice el Evangelio que debemos preferir la salud del prójimo á nuestra propia salud; antes por el contrario dice: «¿De que le serviría al hombre convertir al mundo entero si pierde su alma?» La primera ley de cada uno es salvarse, y el único medio de salvarse es la oración. ¡Oh desdicha! ¡Violamos continuamente esta ley! ¡La olvidamos por cuidar de los demás! Hacemos, es cierto, obras de caridad, porque la práctica de la caridad es fácil y consoladora, nos eleva y nos honra; pero huímos de la oración y no nos atrevemos á consagrarnos á ella, porque es humillante para la naturaleza, porque no produce fama, ni ruido alguno exterior.

Como el manjar es condición de la vida natural, así la oración es condición absoluta de la vida sobrenatural. Aunque hubierais de omitir toda suerte de obras de celo, penitencias y mortificaciones; aunque hasta hubierais de dejar de recibir la sagrada Comunión, no dejéis jamás de hacer oración: la oración conviene á todos los estados, y á todos los santifica. Mas ¿qué es esto? ¿Dejar la Comunión en que se nos da el mismo Jesús, antes que dejar la oración? Sí, porque si no oráis, este Jesús á quien recibís no causará en vuestra alma efecto alguno, como no conseguiríais

alivio tomando medicinas envueltas en alguna substancia que os impidiera sentir sus saludables efectos. Sin la oración no es posible hacer cosa alguna de valor á los ojos de Jesús: la oración os reviste de sus virtudes, y si no oráis, ni los Santos ni el mismo Dios harán que adelantéis en el camino de la santidad.

De tal modo es la oración ley de la santidad, que cuando Dios quiere elevar á algún alma, no aumenta en ella la virtud, sino el espíritu de oración; es decir, la suma de su virtud: la acerca más á sí, y en esto consiste todo el secreto de la santidad.

Consultad á vuestra propia experiencia: siempre que os habéis sentido más cerca de Dios, habéis recurrido más á la oración y al retiro. Los Santos, que conocían la importancia de la oración, la amaban sobre todas las cosas; suspiraban continuamente por el momento en que podían consagrarse á la oración; eran atraídos á la oración como el hierro por el imán. Por eso la oración ha sido su recompensa, y en el cielo hacen oración continua.

Sí: los Santos oraban siempre y en todas partes. Esta era la gracia de su santidad; esta era la gracia de todos los que quieren santificarse. Todavía más: sabían hacer orar á todas las cosas que les rodeaban. Oid, si no, á David: *Benedicite, omnia opera Domini, Domino. Omnia*, todas las cosas. David da á todos los seres, aun á las criaturas inanimadas, un cántico de amor á Dios. ¿Qué significa esto? Todas las criaturas alaban á Dios si nosotros sabemos ser sus intérpretes; debemos alabar á Dios por ellas. Podemos animar á toda la naturaleza con este soplo divino de la oración y formar un magnífico concierto de oraciones con todos los seres de la creación.

Oremos, pues; amemos la oración, crezca en nosotros de día en día el espíritu de oración. Si no hacéis oración, sois perdidos: cuando os veáis abandonados de Dios, tened por cierto que Dios os abandona porque no hacéis oración. Sois semejantes á un desdichado que, estando en trance de ahogarse, rechaza la cuerda que le tienden para que se salve. ¿Qué remedio le quedará? Está inevitablemente perdido.

Dejad todas las cosas, os repito, pero no dejéis la oración: que ella sola os volverá á Dios, aunque os hayáis alejado mucho de Él. Entendedlo bien: ella sola.

Si la practicáis en la vida cristiana, ella os conducirá á la santidad y os hará felices en este mundo y en el otro.



EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO

Sicut ergo accepisti Jesum Christum Dominum in ipso ambulate, radicati et superaedificati in ipso...

«Pues habéis recibido á Jesucristo Nuestro Señor, caminad según Él, arraigados y fundados en Él.»

I

LA vida interior es á la santidad como al árbol la savia, como á la savia la raíz.

Es verdad cierta que el grado de virtud y perfección de las almas es tanto más elevado, cuanto mayor es la vida interior de ellas, y que cuanto más interior es el alma, tanto más es favorecida con luces divinas, más constante en el cumplimiento de sus deberes y más dichosa en el servicio de Dios. Todas las cosas contribuyen á su recogimiento, todas le aprovechan, todas le sirven de medio para unirse íntimamente con Dios.

La vida interior puede decirse que es la vida familiar del alma con Dios y con los Santos; y ser

alma interior es amar lo necesario para poder vivir y conversar con Jesús.

Procurad, vosotros los que deseáis vivir de la Eucaristía, procurad, más que nadie, vivir la vida interior de Jesús, porque este es vuestro fin y esta vuestra gracia. Debéis adorarle *en espíritu y en verdad*. Sois la guardia de honor de Jesús sacramentado, cuya vida es del todo interior en la Eucaristía, pues vela su Cuerpo sagrado para que comuniéis con su alma y con su corazón: sus palabras son interiores, y hasta sus virtudes las oculta, deseando que penetréis en la fuente de ellas, que es su infinito amor divino.

Mas ¿cómo habremos de llegar á este estado de vida interior, principio y perfección de la vida exterior? No hay más que un solo camino: el recogimiento.

Recogerse es reconcentrarse interiormente. Tres grados hay en el recogimiento: el primero es aquel que posee quien se fija en el pensamiento de su deber; el segundo, el de quien se reconcentra en la gracia de la virtud; y el tercero, el del alma que se aplica toda ella al amor.

II

En el primer grado de recogimiento nos fijamos en la consideración de nuestro deber, de la ley de Dios.

Preguntámonos qué cosas son las que ordena la ley, y cuáles otras las que prohíbe. ¿Puedo detenerme en tal pensamiento, concebir tal deseo, ejecutar tal obra de acuerdo con la ley de Dios? Tales

son las preguntas que se dirige á sí misma la conciencia del alma recogida; y según es la respuesta, así obra y dirige su vida.

El hombre recogido en la consideración de su deber, tiene sin cesar los ojos fijos en su conciencia, y observa su conformidad ó su repugnancia, su asentimiento ó su negación en cada caso, lo mismo que el piloto mira á la brújula para dirigir, según sus indicaciones, el rumbo de la nave.

Este recogimiento es fácil, porque aun á la más leve infracción de la ley se sigue cierto desasosiego, cierta turbación; la conciencia levanta su voz y nos dice que hemos obrado mal. Sólo el hombre que es esclavo de sus pasiones, y culpable voluntario, huye de sí mismo por librarse de esta censura interior, y corre y se aturde no queriendo verse á sí mismo: sólo él deja de oír esta voz. El demonio le empuja, le encadena á una vida puramente natural, le lanza en la fiebre de los negocios mundanos, en medio del ruido, de los azares, de las novedades; en tal estado no oye á Dios ni á su propia conciencia.

Sólo cuando Dios le concede la gracia de enviarle alguna enfermedad que le clave en el lecho, á solas consigo mismo, ó cuando se ve humillado de algún modo, abre los ojos, y las desgracias le hacen ver palpablemente la verdad de aquella sentencia del Sabio que dice: «Todo es vanidad, fuera de amar á Dios y servirle á Él solo.»

Vivid, pues, por lo menos teniendo presente la ley; recogeos en vuestra conciencia obedeciendo aun á la más leve palabra suya; no os acostumbraís á desdeñar su voz, obligándola á que repita sus censuras; mirad con atención á la primera señal

que os haga. Rodead vuestro brazo de la ley del Señor y no apartéis jamás de ella vuestros ojos ni vuestro corazón.

III

El segundo grado de recogimiento nos concentra en el espíritu interior de la gracia divina.

Es cosa cierta que por ser nosotros hijos de Dios, el Espíritu Santo habita y permanece en nuestra alma, cumpliendo la misión divina de formar en ella al hombre nuevo, á Jesucristo, enseñándonos sus virtudes, su espíritu y su vida. Mas como quiere que el Espíritu Santo es nuestro maestro, nuestro consejero y nuestro santificador, nosotros debemos escucharle, estar dispuestos á obedecerle y ayudarle en la obra de transformar al viejo Adán en Jesucristo; y por esta razón es de absoluta necesidad que estemos recogidos en Dios, presente en nuestra alma. Porque esta transformación del hombre en Jesús se hace gradualmente y ha de ser continuada y permanente. Hacer algún acto de virtud, no es cosa difícil; pero adquirir la virtud supone un trabajo continuo hasta que nos connaturalizamos con los actos propios de la misma virtud.

Así, por ejemplo, si queréis llegar á ser humilde como Jesús, ó más bien reproducir en vuestra persona á Jesús humilde, necesario es que declaréis incesante guerra al amor propio, á la vanidad, al orgullo en todas sus formas; y como os está asaltando continuamente y mantiene inteligencias con la plaza, porque una parte de vuestro ser está por él, es preciso que vigiléis siempre y que sigáis todos sus pasos con el fin de conocer sus astucias, y que no

dejéis de la mano las armas con que habéis de rechazar sus asaltos.

Mas no consiste toda la virtud en luchar contra el mal. Este trabajo es sólo trabajo preliminar, como para despejar el terreno, y condición de la fidelidad que Dios nos exige ante todo, y que nos libra de la esclavitud del vicio. Pero la virtud no se adquiere más que mediante el amor y el aprecio que la misma virtud inspira, considerada en Dios Nuestro Señor; porque la virtud sólo es amable mirada en Jesús y practicada por amor al mismo Jesús, pues la consideramos como una de sus cualidades hacia las cuales nos sentimos atraídos por una amorosa simpatía: lo que nuestro amigo aborrece es objeto de nuestro odio; amamos las mismas cosas que Él ama, y miramos sus obras para imitarlas. Amar la virtud en cada uno de los actos que le son propios es sin duda poseer la misma virtud. Este amor de la virtud viene á convertirse en regla de nuestra vida, que nos induce á practicarla y hace que nazca en nosotros, que sintamos necesidad de ejercitarnos en ella, y que nos alegremos íntimamente cuando se nos ofrece ocasión de practicarla. Mas como las ocasiones de hacer actos externos de virtud se presentan rara vez, y no tardaría en extinguirse el amor á ella si sólo se alimentara de tales actos exteriores, este amor hace vivir á la virtud en lo íntimo del alma: el alma contempla sin cesar la bondad y hermosura de la virtud en Cristo, y el corazón hace de ella un ser divino con quien conversa habitualmente. A los ojos del alma amante y recogida, la humildad no es otra cosa que el mismo Jesús manso y humilde de corazón; el alma le ve y le contempla, le admira, le exalta, le ama y va en pos de Él en todos sus diversos

actos de humildad; ofrécese á imitarle siempre que á Él plegue que ella le imite, dejando en manos de su bondad que le ofrezca las ocasiones de imitarle, tan tranquila cuando estas ocasiones son frecuentes como cuando sólo rara vez se le ofrecen, cuando son de ejercitar la virtud ocultamente, como cuando puede dar públicas y brillantes muestras de ella. La virtud está en su amor, que siempre dura, que contiene en sí todas las virtudes y todos los actos de virtud. Este es el segundo grado de recogimiento; recogimiento en la gracia del Espíritu Santo, en el amor de la virtud que al alma inspira el mismo Espíritu divino.

IV

El tercer grado es el recogimiento del amor. Hasta aquí el alma estaba recogida en sí misma para consultar dentro de sí á su propia conciencia, para seguir las inspiraciones de la gracia, para escuchar la voz del Espíritu Santo. Ahora sale de sí misma para ponerse en Dios, para vivir en el mismo Dios. Es fruto natural del amor transportarnos á la persona amada, hacernos vivir en ella y por ella, hacer todas las cosas por agradarle, consultando ante todo su juicio, su deseo, y aun adivinar y penetrar sus pensamientos cuando ella no nos los manifiesta.

Quando el alma recogida en el amor de Dios se propone ejecutar alguna acción, no piensa, ante todo, si aquella que va á hacer le conviene á ella, si le reportará algún bien, sino consulta la voluntad de Jesús para saber si tal cosa le agrada y contribuye á su gloria, y siente íntima dicha si por agradarle

tiene que negarse á sí misma haciendo algún sacrificio.

Este recogimiento no consiste, como los otros, en hacer alguna cosa, en practicar alguna virtud, sino busca la persona misma de Jesús; consiste en amar con amor desinteresado al mismo Jesús. Este amor es su ley, porque es el centro de su vida: todo lo que Jesús quiere, todo lo que Jesús desee, todo lo que le agrada, lo desea con noble y dichoso afán. No de otra suerte vive un buen hijo para su amado padre, para su tierna madre; así es la esposa fiel, toda y del todo de su esposo: *Ei ego illi*.

El alma de este modo recogida goza de entera libertad, porque vive del espíritu de amor: está dispuesta á todo, todo fomenta su recogimiento, porque todas las cosas las ve en la voluntad de su Dios. De este recogimiento hablaba Nuestro Señor cuando decía, estando á la mesa con sus Apóstoles la noche de su Pasión: «Permaneced en mí y yo permaneceré en vosotros. Aquel que permanece en mí y en quien yo permanezco, produce muchos frutos. Si vosotros permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, todo lo que me pidieris os será concedido. Si observáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo observo los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor.»

Así, el recogimiento perfecto consiste en permanecer en el amor de Nuestro Señor.

Mas ¿será acaso muy difícil, se necesitará, por ventura, mucho tiempo para llegar á este grado de recogimiento? Todo depende del amor que haya en el corazón. Cuando el amor de Jesús es nuestro pensamiento habitual, dulce y poderoso al mismo tiempo; cuando este amor es el divino objeto de nues-

tros deseos; cuando nuestro corazón está triste sin Jesús, se siente desdichado cuando no está con Jesús y dichoso con sólo pensar en Él, entonces permanece en el amor de Jesús.

Lo esencial entonces es conversar con Jesús sirviéndonos de todas las cosas que forman nuestra vida, mostrarle habitualmente nuestro amor y tener los ojos constantemente fijos en Él.

Finalmente, la facilidad de recogernos, la paz y suavidad de que gustamos en el recogimiento, son prueba divina de que realmente lo poseemos y de que permanecemos en el amor de Jesús: *Manete in dilectione mea.*

¡Plegue á Dios Nuestro Señor concedernos este amor, que será nuestra santidad y nuestra dicha en esta vida y en la otra!



EL ROCIO DE LA GRACIA

*Ego quasi ros, Israel
germinabit sicut litium
et erumpet radix ejus ut
Libani.*

Seré como rocío bienhechor: Israel florecerá como el lirio y sus raíces se extenderán como las del cedro del Libano.

(OSEAS, XIV, 6.)

Es nuestra alma un jardín, un paraíso de Dios, en el cual debemos cultivar la divina semilla sembrada en nosotros por la Comunión, que es Jesucristo, que germinará y producirá flores de santidad. Es condición esencial del cultivo de las flores en la naturaleza, conservarlas frescas y mantener húmedas sus raíces. Si la raíz se seca, la planta perece. La humedad trae la fecundidad. El sol hace que se abran las flores; su calor sólo las secaría, pero con la humedad fecundiza la tierra y la hace producir. Esto mismo es lo que vosotros habéis de hacer para cultivar la flor de vuestra santidad, que es Jesús en vosotros: conservar la humedad y la frescura de la raíz, vivir de la